

Miscelánea

TEXTO ESCOGIDO: «HE ABIERTO LOS OJOS»¹

Nota de la redacción de la revista: «El en n. 16 de Adesso uno de nuestros lectores ha pedido a don Lorenzo Milani más detalles sobre nuestros métodos utilizados por el Priore de San Andrés de Barbiana en su escuela popular. Como respuesta, nos manda don Milani esta carta de Benito Ferrini, uno de sus parroquianos».

Querido Padre:

don Lorenzo me ha mandado un recorte de «Adesso» y me ha rogado que le responda yo por él, porque piensa que –siendo yo uno de los primeros alumnos (por antigüedad) de la Escuela Popular de S. Donato– me corresponde a mí decirle lo que se aprendía.

Yo acabé apasionado por las lenguas, así que dejé el trabajo y fui un año a trabajar a Inglaterra y, al poco de volver, volví a marcharme y ahora estoy trabajando en Alemania y aunque aquí no hiciera más que cavar no me importaría, porque sólo he venido para perfeccionarme en el idioma. Las lenguas se empezaban en nuestra escuela popular con los discos y Vd. dirá: “Ya entiendo, más que nada estudiabais idiomas”. Pero ¡qué va! porque entonces, si le dijera que Maresco ha dejado el trabajo como yo, pero él para ser sindicalista en Alta Italia, Vd. diría que, sobre todo, se hablaba de cosas sociales y políticas. Y entonces explíqueme cómo es que mi primo se pasa las noches al aire estudiando las estrellas, y así podría seguir con otros. Yo ahora las lenguas que se las enseño a don Lorenzo y le corrijo siempre la pronunciación; y Maresco sabe de todo más que él y don Lorenzo siempre le pide consejo; y cuando quiere explicar a los chicos algo sobre las estrellas siempre llama a Luis y está muy orgulloso de ello, porque dice que ésta es la verdadera prueba de su vieja idea fija, es decir, que a los pobres sólo nos falta el italiano.

Sin embargo, nosotros al principio no nos lo queríamos creer. Siempre le estábamos pidiendo aritmética y problemas, y los mecánicos especialmente querían siempre dibujo técnico; y Gianfranco no quería más que taquígrafía, porque le habían dicho que encontraría trabajo; y Gigi quería el Graduado entero y Mino decía que hacían falta los volúmenes y la raíz cuadrada para la oposición de la “Renfe” y don Lorenzo, por contentarnos, empezaba con alguna de estas cosas, luego se aburría y se estaba una hora sobre una sola palabra.

1. Lorenzo MILANI. *Experiencias pastorales*, «He abierto los ojos», Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2004, 181-184.

Una palabra de nada se convertía en un mundo; nos decía de dónde venía y cómo se puede usar y mil frases diferentes en las que se emplea y todos los matices de sus significados y cómo nos la encontramos en otros idiomas y cómo se compone con otras palabras y cuántas otras palabras produce, hasta que se hacía medianoche y las plumas estaban aún por mojar y los cuadernos limpios y la raíz cuadrada “os prometo que la haremos mañana por la tarde”.

Era inútil que compráramos cuadernos cuadriculados, él siempre encontraba una excusa para dejarlos pronto y divagar de un extremo a otro del mundo; y cuando quiso a la fuerza que aprendiéramos a seguir las sinfonías sobre la partitura, y ni siquiera sabíamos solfear ni tampoco él sabía mucho, Aldo le dijo al día siguiente: “Ha dicho mi padre que él no ha visto nunca que la música haga falta en la vida”; y todos pensábamos lo mismo. Y Romano, una tarde en la que el cura desde el dibujo se había ido a hablar de las nebulosas dijo: “Aquí me parece que vamos siempre de un discurso a otro y nunca se hace nada”. Y él se rió y dijo: “El que no se fie de mí que se quite de en medio. Yo no tengo interés por haceros una escuela u otra. El saber no ocupa lugar. Nadie de nosotros se sabe el futuro. ¿Quién puede adivinar lo que le va a hacer falta en su vida? Así que todo lo que aprendemos es bueno. Yo sé que sólo os hace falta la lengua y que la lengua se compone de palabras de todas las materias diferentes puestas juntas. Si te enseña sólo a dibujar, serías un animal que dibuja y no servirías para ti ni para nadie. Tú, en cambio, debes hacerte un Hombre que dibuja”.

Nos costaba algo de trabajo creerle y al principio chocamos mucho. Después, poco a poco empezamos a discutir cada vez menos, porque a cada paso nosotros mismos empezábamos a ver alguna claridad en el plan que llevaba en su cabeza. Vino, por ejemplo, un pintor a hablarnos y le salió decir “sinfonía de colores”, y el corazón nos dio un salto porque ya aquella palabra era como de casa. Y otra vez habló un sindicalista y dijo “desocupación «frizionale»”, cuando el embrague (la «frizione») del motor se había estudiado precisamente la noche antes y, como siempre, nos habíamos detenido en la palabra. Y otra vez se empeñó en que aprendiéramos a dibujar en perspectiva; y ni que lo hiciera aposta, porque, días después, ocurrió que lo usó un historiador que nos hablaba de la Revolución Francesa y dijo “perspectivas históricas”. O cuando en el periódico salía un nombre geográfico estudiado poco antes... En resumen, que al principio sucedía de vez en cuando y luego sucedía a diario más a menudo y en esos momentos se veían las caras de los chicos más novatos iluminarse de repente, como cuando se encuentra uno de improviso con una persona conocida y al pensarlo nos damos cuenta de que la tenemos cariño. ¡Queríamos a las palabras! ¡Cosa de locos! Y sin embargo, era precisamente así.

Al cabo de un tiempo, leer la primera página de un periódico (la que antes siempre nos saltábamos) resultó mucho mejor que leer las del deporte (que habían sido antes nuestra única lectura); fue como encontrar un inmenso y apretado montón de viejos amigos, lugares, personas, fechas, palabras, raíces; un pulular de materia viva, un entramado de cosas diferentes que coincidían allí juntas. Vamos, que era la lengua, de la que tanto nos había hablado don Lorenzo; la famosa llave de todas las puertas, como él decía.

Cuando llegamos a comprender esto nos pareció que era entonces cuando habíamos nacido a la vida; como uno que ha estado ciego 17, 18, 20 años y le devuelven los ojos y dice: "¡He perdido tantos años!" Así que quiere verlo todo y saberlo todo y nunca se cansa; y las cosas de antes ya no le saben a nada. Ya hace mucho que don Lorenzo no nos dice que no vayamos a jugar a las cartas o al cine; lo hemos entendido por nosotros mismos, porque ahora somos nosotros los que tenemos prisa de no perder el tiempo y aprender más cosas; y, a veces, es él quien nos toma el pelo y nos dice: "Déjalo ya, date un poco de paz, ponte un rato aquí, sin libro, ante estos montes; mira lo bonitos que son y lo bonito que es descansar de vez en cuando".

Pues creo que alguien ha dicho que un cura no debería dar clase, porque Jesús nunca se preocupó de eso, pero nosotros, que hemos abierto los ojos gracias a un cura, nunca diremos eso, ni por un momento nos ha resultado extraño que un cura perdiera así todo su tiempo, porque todos sabíamos muchos secretos suyos que no los conocían ni sus compañeros; o sea, que el famoso «medio de expresión», ya en nuestras manos lo suficiente como para poder vivir, también se había hecho una ventana abierta entre nosotros y uno que es cristiano o sacerdote, y por fin le hemos podido hablar como sólo nos hablamos a nosotros mismos; y ésta había sido también para cada uno de nosotros la solución de nuestros mil problemas de todo tipo, de los que ya teníamos dentro antes de la escuela y de los que a cada paso nos metían en el corazón tanto la propia escuela como los nuevos encuentros que la escuela nos traía. Y todo esto nos lo ha dado la escuela.

Y cuando el otro día leí una recensión laica al libro de don Lorenzo, me hizo reír; dice que la escuela no la deben hacer los curas porque "(...) la enseñanza para que sea libre se debe dejar a la conciencia de cada uno de los profesores aprobados en oposiciones y revalidados en lo moral e intelectual, y que enseñan bajo las garantías que sólo puede dar el Estado (...)" (Giorgio De Blasi en «L'eco della Scuola Nuova»). El Estado no puede garantizarnos que los maestros nos quieran. Yo mismo he oído en el autobús a un maestro que le decía a un colega: "Comprenderás que si tuviera otro sitio donde sacar 60000 liras, no iba a subir aquí". Lo decía en voz alta, como si hablara de deporte. He estado en escuelas rurales y sé cuántos maestros han cambiado. Cada año uno y, a menudo, han cambiado a mitad de año. Todos tienen ganas de irse a la ciudad. Tiene gracia. Ni siquiera la Iglesia puede garantizarnos que sus sacerdotes y sus maestros nos quieran. Pero el Estado todavía menos. Así que lo más fácil es no hablar más de ello: son dos entidades impotentes e iremos al que lo haga mejor; pero a ése de la recensión me gustaría recordarle que el Estado siempre lo han tenido los liberales, y se puede decir que todavía lo tienen, y sin embargo, mi madre es analfabeta, y yo, si no hubiera tenido la suerte que he tenido, estaría en la televisión viendo «Lo dobla o lo deja» y creyéndome que así aprendo algo.

Saludos cordiales de

BENITO FERRINI.